



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

David GARCÍA LÓPEZ (2020), «*Revuelvo archivos y me lleno de polvo siempre con Vuestra merced en la memoria.*» *Los estudios sobre bellas artes de José Vargas Ponce y Juan Agustín Ceán Bermúdez. Correspondencia (1795-1813)*, Ediciones Trea (Estudios Históricos La Olmeda, colección Piedras Angulares), Gijón, 271 pp.



Este volumen actualiza, completa y sistematiza una relación intelectual ya conocida, la del polígrafo José Vargas Ponce y el historiador del arte Juan Agustín Ceán Bermúdez. El recopilador de estos materiales es un experto en el arte del periodo, cabeza visible de un productivo proyecto de investigación sobre Ceán, que lo ha puesto al día como figura señera en la erudición artística de la Ilustración. Además del epistolario, constituido por 63 cartas, más cuatro documentos adicionales, David García López firma un rico estudio de más de sesenta páginas, que bosqueja admirablemente el perfil vital e intelectual de ambos escritores en su contexto. Este trabajo se basa no solo en las cartas, sino en cuantiosa documentación inédita de gran valor, que permite levantar una interpretación de primera mano sobre los orígenes y el desarrollo de hitos importantes de la historia del arte de esos años. Así se constata la aportación de Vargas Ponce a ese edificio erudito, aunque fuese por persona interpuesta y haya queda oscurecida. En ese sentido, este libro es una reivindicación del papel de Vargas Ponce, que hubiera complacido al gaditano, pues aunque su generosidad intelectual y su patriotismo literario eran mayores que su vanidad, esta tampoco andaba menguada.

Las bases de esta relación erudita se fundamentaron sobre su trato común con Jovellanos, su coincidencia en Sevilla

en 1794, la enciclopédica curiosidad de Vargas, que también incluía las bellas artes, y el dominio que Ceán poseía del Archivo General de Indias, donde estuvo muchos años empleado. En sus sucesivos viajes, Vargas Ponce se especializará en el registro de archivos locales de Levante, Cataluña, País Vasco y Navarra principalmente, y en la extracción de toda suerte de noticias históricas, no solo para sus trabajos, sino para los de sus colegas. Como «agente» de Ceán, visita iglesias, monumentos, escuelas y casas particulares para localizar obras de arte, inquiere pormenores hablando con las personas de interés y nunca deja de anotar cualquier hallazgo de materias artísticas en los archivos recorridos; regularmente comunica sus logros a su corresponsal para que los emplee en el ambicioso proyecto de un diccionario de artistas que él mismo lo había impulsado a concebir. Desde luego, Ceán aprovechó los materiales como le pareció y diseñó el diccionario según su criterio, y no el de sus colaboradores, pero la influencia de Vargas fue muy grande, e incluso un impulso determinante, habida cuenta de que el gaditano era un autor conocido y con una buena posición institucional en años en que el asturiano no había dado a luz ninguna obra. En justa reciprocidad, Vargas reclamará a Ceán que le encuentre documentos para sus biografías de marinos en el gran depósito americanista de Sevilla, aunque es menester concluir que siempre obtuvo mucho menos de lo que regaló.

Ese es el cañamazo de la relación manifestada en estas cartas. El libro refunde dos series publicadas hace más de un siglo con materiales nuevos. Se suman unas pocas cartas sueltas recuperadas de la Real Academia de la Historia y conocidas por la catalogación de los fondos de Vargas Ponce hecha por Abascal y Cebrián en 2010, pero el grueso del libro lo conforman tres bloques de un mismo epistolario. Lo más novedoso son 17 cartas inéditas de Vargas Ponce a Ceán, desde Cádiz, Murcia, Cartagena y San Sebastián, entre abril de 1795 y enero de 1801. Esta absoluta primicia proviene del archivo personal de Ceán, vendido tras su muerte a Valentín Carderera, en cuya familia subsistió hasta mediados del xx; luego pasó a manos del estudioso Xavier de Salas, cuyos herederos lo vendieron a la Biblioteca Nacional en 2018. El segundo lote son 14 cartas cruzadas por ambos entre 1802 y 1803, cuando el gaditano estaba en el País Vasco; se conservan en el legado testamentario de Vargas Ponce a la RAH y fueron publicadas en 1900 por Cesáreo Fernández Duro. Por último, hay 28 cartas de ambos corresponsales entre 1803 y 1805, que publicó en 1905 el marqués de Seoane sobre originales del Museo Naval, procedentes de la parte de papeles de Vargas Ponce que a su muerte reclamó el gobierno de sus comisiones oficiales y que se archivaron en lo que entonces se denominaba Depósito Hidrográfico. Hoy los originales de esas misivas están en paradero desconocido.

En esta correspondencia cada cual se manifiesta según su carácter: intenso, jocosos y confianzudo en el caso del gaditano, que con todos sus corresponsales tiende a sobrepasar los límites del formalismo epistolar; adusto, formal y más ceñido a sus intereses prácticos en el del asturiano, que como muchos otros miraba con sobrecejo las expansiones coloquiales, exuberancia grafómana y familiaridad de Vargas. Aunque a veces una lectura puramente documentalista tiende a olvidarlo, los epistolarios no son reflejos objetivos de realidades: es la conversación entre dos personas que acomodan a su interlocutor hechos, palabras y silencios, sobreentendidos y reproches, en un contexto de cortesía, de complicidad o de recelo, donde la sinceridad es solo un factor relativo entre varios: a saber, la mentira, el equilibrio de poder y autoridad entre los epistológrafos, el deseo de no contrariar, los convencionalismos sociales o retóricos, la egolatría, la búsqueda de intereses concretos, la triangulación implícita o explícita con terceras personas... Hay que precaverse sobre cualquier lectura en demasía literal, porque lo que se dice en las cartas no tiene siempre que ser cierto ni sincero, ni reflejar fielmente los hechos, incluso cuando ni uno ni otro se desmientan. El trabajo de David García sorteja ese riesgo de la única

manera que se puede: cruzando el epistolario con otra cuantiosa información y haciendo la debida exégesis crítica, a partir de un exhaustivo conocimiento de la figura y obra de Ceán, en el que está especializado, pero también de lo publicado sobre Vargas Ponce, que es mucho. Además, aprovecha mucha documentación inédita: por citar solo una muestra, del Museo Naval extrae la correspondencia de José de Bazterrechea con Martín Fernández de Navarrete, con sustanciosos detalles sobre las actividades de Vargas y Ceán.

Ceán y Vargas, a veces en tono de chanza, pero ocultando siempre un subtexto de suspicacia y reivindicación propia, que de vez en cuando estalla en reproches abiertos, escenifican en este libro algo que, en determinada medida, es una obra a dos manos. David García López acierta en no plantear su estudio como una competición para determinar a quién atribuir en justicia unas u otras piezas del puzle. Nos muestra claramente el trasfondo general y el interés de este complejo trato entre dos colegas de erudición. En efecto, si se lee correctamente, este libro aborda un elemento clave en la Ilustración española, no siempre fácil de valorar: la existencia de redes colaborativas, que van más allá del marco de la sociabilidad, el mecenazgo y los cuerpos doctos colegiados, puesto que abarcan al trabajo intelectual mismo, al cruce de información, a la búsqueda de objetivos comunes por parte de múltiples sujetos y a la inserción en la obra propia de documentación e ideas ajenas. Los diccionarios de Ceán desvelan esa amplia cosecha de datos provenientes de muchos lugares, pero Vargas Ponce hizo eso mismo para documentar su obra contra las corridas de toros, recabando noticias de decenas de amigos y corresponsales; en sus trabajos de estadística e historia de Guipúzcoa operó de igual modo, y no sería difícil amontonar ejemplos en materias y autores muy dispares. Es necesario ahondar más en esa acción colectivista de mucha de la erudición ilustrada española y acomodarla de un modo más visible y más profundo en nuestra comprensión de la literatura del XVIII y de principios del XIX, aunque para ello haya que luchar contra los cánones y fetiches de la sacrosanta «autoría», tan románticos como persistentes en nuestra estructura conceptual.

Si consideramos el epistolario en sí desde un punto de vista literario, la principal lección que se saca es humana, como en cualquier correspondencia que valga algo. Vargas Ponce hizo muchas cosas, se dejó por el camino otras tantas, padeció sinsabores y algún que otro éxito. Pero si como hombre de letras hay una cosa que lo define en lo más íntimo, sería el placer absoluto, incontenible y casi torrencial que experimentaba emborronando cuartillas para escribir a un amigo. Selecto placer gustado de pocos y oculto a casi todos, pero refinada muestra de una vocación de escritor a cambio de nada, incondicional, que derrama un verdadero amor a la escritura. Ceán me temo que no sentía la misma llamada y, aunque a regañadientes le sigue la corriente de vez en cuando, lo hace con escasa convicción. De ahí que sea un placer y un hallazgo aumentar el caudal de cartas de Vargas Ponce. Véase si no, la nº 19, que constituye un brillante compendio de cuanto era el gaditano como sabio, como literato y como amigo. Sus demás obras «públicas» están siempre impregnadas de sabiduría, pero en sus cartas privadas se rige por una insobornable pasión por la palabra festiva y por la fiesta de la palabra. Eso es así incluso en una correspondencia como esta, cuyo carácter eminentemente erudito lo delata la desproporción entre los contenidos de discusión histórico-artística y sobre sus proyectos comunes y la escasez de noticias más personales.

Aunque el autor de este volumen sea un historiador del arte, en una edición de textos antiguos con peculiaridades específicas no se puede dejar de comentar el aspecto filológico y formular alguna objeción. De entrada, es una mala elección que la frase literal usada como título del libro desarrolle «vuestra merced», para la abreviatura «Vm» (que, sin embargo, se conserva tal cual en la edición de las cartas). Como se sabe, esa abreviatura llevaba ya muchas décadas siendo un fósil gráfico para referirse a «usted»,

forma generalmente usada en la lengua hablada desde finales del xvii desplazando a las demás variantes. Un título no conviene que incluya una abreviatura, pero menos aún un desarrollo más que dudoso de una, porque con certeza ni Ceán ni Vargas se llamaron nunca «vuestra merced» el uno al otro. Por otra parte, en el epistolario apenas se detallan criterios de transcripción y modernización y tampoco se especifica si los textos que ya se habían publicado y tienen originales accesibles (me refiero básicamente a los editados por Fernández Duro) han sido ahora trabajados a partir de esos originales, ya que no hay ningún cotejo de variantes, ni indicación al respecto. Al final de cada carta se detallan las fuentes y testimonios existentes, pero no el uso que se ha hecho de ellas. Las cartas privadas ofrecen siempre numerosas dificultades para transcribir, puntuar y comprender cabalmente lo que se quiere decir, pues están cuajadas de sobreentendidos, bromas privadas y elementos arduos de contextualizar, y se hubiera agradecido un mayor nivel de anotación y de discusión sobre lugares oscuros de sentido o de sintaxis, que abundan.

Hechas estas leves salvedades, cumple felicitar al autor por su iluminador trabajo y a Ediciones Trea, que libro a libro sigue consolidándose como la principal referencia editorial del dieciochismo español del presente.

Fernando DURÁN LÓPEZ